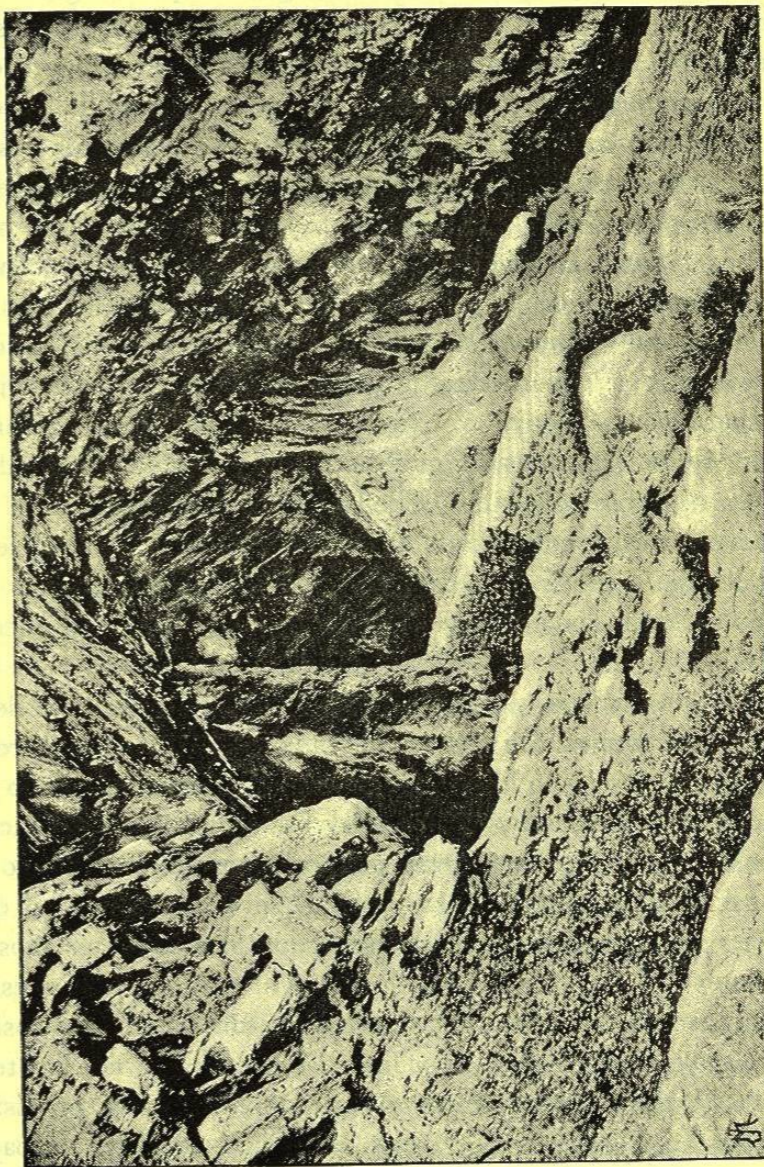


vida presente y en el reducido espacio donde vino al mundo, pisa cantando alegremente las robustas piedras, y cantando arrebatada las menores ó las desmenuzadas, de las cuales carga sus acémilas. Mas los círculos simbólicos de Artá, aunque en parte desordenados, aún son motivo de entusiasmo y veneración; y pues cuando todo en derredor ostenta el cultivo más esmerado, á ellos y á los túmulos los sombrean las reliquias de un encinar, ¿cómo no sentirse transportado á los tiempos poéticos en que las ramas frondosas se entretejían á larga distancia? ¿cómo no evocar las sombras de los pobladores Celtas, y reproduciendo las imágenes de su historia llenar el vasto bosque de rumores nocturnos y misteriosos, de súbitos resplandores y hogueras que rompen la obscuridad, de cantos semi-religiosos y danzas míticas que solemnizan el hallazgo del muérdago ó la elección del jefe que ha de conducir los mancebos á la pelea? La imaginación herida reconstruye lo que fué; y sobre las piedras drúidicas del Celta los oídos del espíritu escuchan el cantar histórico y guerrero de los Bardos, que al compás de los escudos batidos con las lanzas narran la venida de Hércules, la enseñanza del Fenicio y el valor del grande Aníbal, mientras á su vez el coro de los Eubages vaticina por las combinaciones de las estrellas y los agujeros de la tierra y describe el poder mágico de las esferas invisibles, y los Drúidas consignan con sus acentos solemnes las máximas que prestan cautela y sabiduría al hombre y le hacen vivir en la bondad y en la fortaleza.

Si esta impresión causada por la vista de esos monumentos de la arquitectura primitiva dura en el viajero que de allí se dirige á la *Cueva de la Ermita*, y si durante la travesía de dos leguas revuelve en su imaginación los cantares primitivos que ellos le sugirieron, más profunda y más duradera se la causará el monumento que la naturaleza comenzó á fabricar antes de toda época del arte, porque como nacida de una causa análoga se favorecerá de la fuerza de la primera. Restos de un pinar convidan á su agradable sombra en la playa solitaria que está



ISLAS BALEARES

MALLORCA.—ENTRADA Á LAS CUEVAS DE ARTÁ

al pie de la colina; y las bendiciones del que allí repara sus fuerzas para emprender la subida ó aguarda que los guías concluyan sus aprestos, prueban de cuánta gratitud sean dignos los que no han consentido que el hacha privase á ese lugar de su único abrigo. Una senda estrecha y áspera, que las lluvias destruyen y casi borran, serpentea por la montaña entre un bosque y rudos peñascos á la izquierda, y un precipicio poco menos que perpendicular á la derecha á cuyo pie el mar retumba. Á trechos cruza como una faja apenas marcada y tan inclinada como el mismo declive; y en ellos las piedras que los pies del viajero hacen rodar por la pendiente hasta el borde del precipicio y caer por la despedazada y alta pared que forma la costa, espantan á las palomas torcaces que á bandadas levantan el vuelo desde las cuevas y grietas marinas donde anidan. Al fin llégase á un breve rellano orillado á la parte del precipicio por rocas y matas, y enfrente de él aparece en lo alto entreabierto la boca de la cueva que, valiéndonos de la comparación del bardo escocés, semeja una herida en el pecho de un guerrero (1).

Ya esta entrada, que bien pudiera llamarse vestíbulo de la fábrica que vamos á recorrer, infunde admiración y sorpresa, aunque su bóveda de figura angular ó casi de arco apuntado (2) no conserva sino muy pocas cristalizaciones. Una sensación como de temor detiene en esta pieza al viajero, que al fondo de ella ve hundirse el piso y aparecer las tinieblas; y raro es que á pesar suyo no se estremezca, bien como nos estremecemos al acometer una empresa trascendental, ó al realizar por nuestra acción propia un deseo, una esperanza, una idea ó una ilusión que de mucho antes nos preocupaba. Ardiendo en fin las teas con que los guías han de alumbrarle, y hecha buena provisión de ellas para encender hogueras á trechos, comience á bajar

(1) *La Dama del Lago*, canto III, estancia 26.

(2) Antillón la asemeja con mucha exactitud á una albarda.

por el desfiladero subterráneo, cuya dificultad no se deja sentir, antes queda vencida delante del tesoro que la naturaleza allí despliega. Nunca la materia cristalizada habrá herido sus ojos en conjunto tan imponente, ni jamás tanta multitud de formas raras y á cual más caprichosas se le habrán ofrecido en tan vastas proporciones y dentro de tal recinto. Las paredes están sulcadas, boceladas y trepadas tan menuda y diligentemente, como en ningún tiempo pudieron alcanzarlo todas las esculturas de todas las naciones; la parte superior, ó sea la bóveda, está cuajada de estalactitas ya delicadas ya gigantescas, que en no pocos trozos recuerdan los artesones con que nuestros antepasados solían decorar las techumbres; las hay que con increíble osadía bajan á manera de columnas inversas á asentar sus capiteles en el pavimento, si ya no permanecen colgantes sin tocarlo; otras se despliegan cual banderas inmensas ó telas vistosísimas; y el suelo, también formado por la misma operación, eriza sus millares de estalacmitas, del mismo modo que los arbustos y los nacientes pinos crecen en un campo, ó cierra el paso con masas enormes contorneadas en figuras fantásticas, mientras debajo de él quizás otra caverna guarda intactas y tersamente blancas sus cristalizaciones. ¡No! ningún cuadro de la naturaleza vence á éste ni en energía ni en carácter, porque ninguno ofrece como él la imagen, ó mejor dicho, el aspecto de la naturaleza en su actividad y en su trabajo lento y continuo. Los bramidos del viento y de las olas, el fragor del trueno y el resplandor de los relámpagos, bien que imagen del movimiento, pasan en las negras alas de la tempestad; el espectáculo de las campiñas productoras recuerda demasiado la habitación y la industria del hombre: aquí, empero, en el seno de la calma más profunda y de la inmovilidad más completa, sorprendemos á la naturaleza en uno de sus mayores laboratorios, seguimos sus obras por todos sus grados, y examinamos una á una sus operaciones. ¿Quién, quién puede retener la expresión de su entusiasmo y no elevar su alma á Dios, al ver cómo la humilde gota

que cae de la bóveda á largos intervalos deposita sus partículas calcáreas en un pequeño círculo, lo va ensanchando, forma poco á poco el núcleo de la estalacmita, ya semejante á la médula de los árboles, ya amarillo y convexo como una brillante yema de huevo, lo rodea sucesivamente de otras capas también iguales á las que componen el tronco de ciertos vegetales, las cubre en la circunferencia exterior de una corteza no menos pulida que la de los álamos plateados, á veces no menos trabajada que la de los olivos y encinas, y sin parar ni cambiar el modo ni el tiempo de su elaboración espera con constancia infinita el día en que su estalacmita desafiará en altura á las demás que en torno de ella se levantan? Pues si con tales medios ha de alcanzarlo, ¿adónde se remonta el origen de esas columnas colosales, hermanas de aquellas á que el arte cristiano confió el sostén de sus iglesias? ¿Qué edad vió comenzarse estas paredes sonoras y labradas á manera de trompetería de órgano, las cuales tal vez nos esconden otros recintos? Ó por mejor decir, ¿de qué siglo es contemporánea esa masa inmensa cristalizada? La imaginación se hunde en los principios de los tiempos, mas no le es dable señalar las distancias. Los templos y los monumentos de las civilizaciones primeras amontonaron pisos sobre pisos ó pedruscos sobre pedruscos con los materiales arrancados de las canteras ó de los flancos de las montañas: aquí el agua filtrando gota á gota formó desde tiempos apartados de toda memoria humana los materiales, y gota á gota labró ese hacinamiento de cavernas: ¿cómo se cuenta esa duración en las edades del mundo? ¿Qué nombre es el suyo entre los limitados cómputos humanos? Y si así ante ella nuestro sér se confunde y se anonada, ¿qué será si pensamos en la eternidad de Dios, de la cual aquella duración ni llega á ser comienzo?

Estas impresiones nos asaltan ya al cruzar el primer desfiladero; y con el ánimo llena de ese terror ponemos los pies en las vastas piezas de la primera cueva, al paso que un impulso instintivo nos fuerza á volver la cabeza á la abertura de donde

bajamos, ya solamente marcada por la luz azulada, fosfórica y tristísima que no logra penetrar sino á muy corto trecho. Pocos efectos más sublimes ni enérgicos pueden apetecer el pintor y el poeta para sus concepciones; y si es lícito sujetar á ninguna suposición las obras de los que descuellan como puntos culminantes en la marcha de la humanidad y el mundo llama genios, esa luz moribunda y siniestra debió de entrever el cantor de la edad media en su imaginación al hundirse en la tenebrosa entrada, donde

«resonaban suspiros y lamentos,
»lenguas diversas, hórridos decires,
»palabras de dolor, de rabia acentos (1).»

Mas no como ante él se abre á nuestros pies aquella honda sima, cuyos círculos están poblados de las penas y de los penados eternos: un recinto con semejanza de templo nos recibe al extremo de la bajada, y la luz artificial que rompe débilmente aquellas tinieblas va á quebrarse en formas las más delicadas. El horror que allí reina es quieto y sublime, bien como infundido por la inmovilidad, la grandeza y el silencio. Una estalacmita gigantesca aparece casi en el centro, no sin grande apariencia de imagen que el dudoso vislumbre de las teas acrecienta, y á un lado otras masas remedan toscamente figuras humanas envueltas en anchos ropajes, á la manera con que en los templos subterráneos de la India gesticulan tallados en la viva peña los ídolos del antiguo mundo, ó se levantan en pedruscos colosales que marcan sus formas raras y simbólicas. Numerosas columnas suben á recibir la bóveda embellecida con sin número de colgadizos; y si en aquellas fábricas de una civilización remota el fuste de las columnas y pilares está labrado con molduras y relieves los más variados, también algunas de estas se levantan llenas de labores, y cual una cadena de ligeros canastillos llenos

(1) DANTE, *Divina Comedia*, *Infierno*, Canto II.

de ramaje y sobrepuestos, ó semejantes á una rica sarta de enormes ramilletes, tal vez más gruesas en la parte superior que abajo, parecen colgar del techo. Mas en medio de este espectáculo, un muy fundado temor sobreviene al más intrépido: el suelo está sembrado de grandes fragmentos, y al verlos, los ojos naturalmente se vuelven á la bóveda que amenaza nuestras cabezas con centenares de otras masas semejantes, muchas de ellas quizás asimismo destinadas á desplomarse en breve. De ese modo, á la impresión causada por tanta grandeza agrégase este recelo, y el ánimo henchido á la vez del placer, del temor y del entusiasmo se ceba con nuevo ahínco en la contemplación de las nuevas maravillas que las demás salas de esta primera caverna atesoran. Arabescos y boceladuras góticas, doseletes, pequeñas fortalezas y colinas, cuanto la imaginación puede fingir se halla en estas mansiones, que vencen en lo maravillosas á cuantas la fantasía oriental ideó para sus ingeniosos cuentos, y en la postrera de ellas acrece el asombro del viajero con una columna, que excede á todas las que admiró en ese recinto.

En una gruta abierta al fondo de una de estas piezas, la cual de lejos se parece á un dosel, encienden los guías la hoguera que ha de alumbrar á los viajeros mientras ellos hacen sus preparativos para bajar á la segunda caverna, y de guiar á todos en la subida. Al extremo de esta gruta hay un pasadizo tan estrecho, que casi es preciso atravesarlo andando sobre las rodillas y las manos; desemboca sobre un pequeño plano inclinado y resbaladizo, sin margen ni límite alguno que pudiera detener el pie que por él se deslizara; y luego desciende perpendicularmente la pared de la segunda cueva. ¿Cómo describir lo que siente el que agachado en aquella posición penosa asoma la cabeza á la boca del pasadizo? Los ojos se cierran involuntariamente al descubrir de súbito el abismo que al parecer los atrae; las proporciones de aquel nuevo recinto inferior, tal vez más vastas que las del superior, triplícanse en apariencia consideradas desde aquel encumbrado boquete; y la escasa hoguera en-

cendida por uno de los guías, como no alcanza á disipar la obscuridad que ennegrece el fondo de las salas y el seno de la bóveda, abulta los objetos y las distancias, y acrece el horror con su mismo vislumbre. Sólo en un punto del borde del plano hay dos ó tres troncos de columna, y á ellos se sujeta la escalera de cuerda, larga de más de ochenta palmos, cuyos escalones de palo están harto distantes entre sí para que pueda bajarse por ella sin riesgo ni sin fatiga. Á estos trozos de cristalización ha de asirse el viajero para alcanzar el cabo superior de la escala, que es el momento del mayor peligro; y pausadamente y con cautela, no sin procurar que sus manos no sean heridas por las cuerdas que su propio peso arrima á la pared erizada de boceladuras y escrecencias, emprende la bajada al fondo (a). Los isleños y los viajeros han puesto nombre á varias de las salas de estos subterráneos, y á esta segunda caverna le ha cabido el de *El Infierno*; y en verdad el que colgado de aquella escala casi flotante contempla brillar débilmente en lo más hondo las llamas de la hoguera, y á su resplandor teñirse de rojo y cárdeno parte de las paredes, mientras en el resto contrastan con ellas las sombras más espesas, muy propio lo encuentra y otra vez trae á la memoria las mansiones de dolor cantadas por el Dante. Como la mano destructora del hombre no ha llegado á estas piezas, consérvanse más íntegras y en mayor número sus cristalizaciones, que sobrepujan á las anteriores en número, en variedad y en delicadeza, y hasta el color suave y blanquizco, que en esas ha desaparecido debajo la capa de humo que atestigua la multitud de viajeros que las visitan, todavía aparece en algunas estancias que por esto semejan construcciones de alabastro. El suelo está más erizado de estalacmitas agudas y de figuras fantásticas. Las columnas, más

(a) Emociones profundas, si bien no agradables, que tal vez echará de menos alguno, después que mediante el paso más fácil de una á otra cueva descubierto en años anteriores al 1860, se evita la arriesgada descensión con sus pintorescos incidentes, perdiendo en interés lo que se allana en dificultad.

delgadas y atrevidas, apean con mejor orden la bóveda cargada de labores afligranadas; las paredes boceladas en figura de órgano, intactas y gigantescas, lanzan sonidos armoniosos heridas por la mano del viajero; las telas casi transparentes descienden como flotantes y suntuosas colgaduras; apariencias de tronos, arcadas góticas, estatuas, altares, sepulcros, columnatas, mesas, árboles, plantas colman sus diez ú once estancias maravillosas, que ya vastísimas, ya elegantemente reducidas, siempre sulcadas con variedad infinita en todas sus paredes, se tienden por aquel profundo laberinto.

Mas no termina en la segunda caverna esa fábrica de la naturaleza, y así como un estrecho boquete nos condujo desde la primera al borde del precipicio, otro á manera de ventana se abre al fondo de una pieza sobre otro abismo. Asomando á él y á la luz de las teas que un guía alarga afuera, se entrevé abajo una sala espaciosa, perfectamente blanca, enriquecida con columnas, y con más semejanza de templo que ninguna de las que recorrimos. ¿Conduce ella á otras salas? ¿hasta dónde llega esta tercera caverna? Nadie ha descendido hasta hoy á esa sima, la cual no visitada de ningún sér viviente guarda sus misterios y sus bellezas en un silencio eterno y terrible y en las tinieblas más profundas.

Ante esa obscuridad y ese silencio se anonada toda idea de tiempo y de duración: ningún sonido, ninguna luz viene á decir que pasan las horas, los años, los siglos, las edades; y así como no existe ninguna forma, tampoco ningún período transcurre ó se caracteriza por señales y efectos ciertos. En vano se demanda cómo pasan los instantes, adónde ha llegado el día ó cuál es la estación del año: ningún eco responde á las palabras que se quiebran huecas y sordas, y la misma humedad, que condensa y pega á las paredes y á la bóveda el humo de las teas, parece rechazar la voz humana y helarla apenas salida de los labios. Mas allí también, en medio de esa obscuridad silenciosa, la materia inorgánica trabaja incesantemente en sus obras misteriosas,

y la naturaleza revela al oído del espíritu las armonías que subiendo y bajando conmueven é hinchen esa serie de galerías. Las ideas se agolpan al cerebro; un miedo sublime embarga el ánimo; la imaginación salva las épocas y las distancias, y cebándose con placer y terror en aquellas armonías, he aquí lo que oye y ve en el seno de las tinieblas y del silencio:

I

VOCES Y SONIDOS

Creced, creced hasta atajar el paso á la luz: ¿por qué la planta humana atraviesa los desfiladeros no cerrados todavía? En el corazón del hombre mora el orgullo, y su juicio vano se rinde culto á sí mismo al indagar los orígenes de las cosas. Ignoren los hombres la obra de nuestras fuerzas y nuestros misterios.

UNA ESTALACMITA

¿Qué es la vida humana al lado de nuestra vida? Yo voy creciendo: millares de veces sin cuento la gota que me engendra ha bajado de lo alto á depositar en mi médula sus substancias, desde que sonó en la entrada de nuestra mansión el estruendo de guerra, y hombres de hierro venidos del norte en sus navíos echaron á los que viniendo del sur también en otros tiempos habían sojuzgado la raza habitante de la isla, á su vez también invasora.

UNA COLUMNA

Aún no alcanzaba al techo mi cabeza, cuando también arriba asomaron otros hombres de hablar sonoro, que asentaron su imperio sobre las ruinas de otros conquistadores, sobre los descendientes mismos de la raza que vino la primera á multiplicarse en la isla desierta. Larga es mi vida.

SONES LEJANOS

La mar, principio é imagen de toda actividad y belleza, azota tenazmente la pared que le oponemos en lo más profundo: ¿cuándo las olas amigas entrarán á ceñirnos con sus fríos abrazos y á marcar un segundo instante en nuestra existencia?

UNA COLINA CALCÁREA

Los imperios se borran, las civilizaciones se hunden: ¿qué idea ó qué nombre domina y agita ahora la tierra? Nosotras seremos y creceremos aún, cuando esta idea no exista con las generaciones futuras. Nuestras horas son siglos: nuestro tiempo no es el tiempo del hombre.

UNA ESTALACTITA

Nuestra vida es eterna, para nosotras no hay tiempo; á nadie sino á nosotras mismas debemos el sér: desde lo alto nos vamos desarrollando constantemente hacia el suelo, al cual tocaremos por nuestra propia virtud para no desasirnos ya jamás, mientras el hombre espira y se muda. Eterna es nuestra vida.

VOZ DE LO PROFUNDO DE LA TIERRA

Nada es eterno sino *El que es*: existo por sus leyes; y así como por ellas mi fuerza os llama ahora, oh estalactitas, y os arranca de la bóveda, del mismo modo cuando sea venido el plazo de revocar estas leyes yo volveré á caer en la nada.

VOCES Y SONIDOS

¡Gloria, gloria al Eterno! La mar envía las nubes y abastece los ríos; la tierra, activa fuera y dentro, sustenta las criaturas, y en sus entrañas forja los metales y da paso á las aguas: ¡gloria al que hizo y deshará el mar y la tierra!

II

Las estalactitas se desplomaron con estruendo arrancadas por una mano invisible; y mientras el concierto de la naturaleza cantaba la sabiduría y la omnipotencia de Dios, una transformación repentina se obró á mis ojos en la materia. Voces humanas resonaron de todas partes, y un culto que huía la luz del sol, entonó este cántico en las cavernas:

«—¡Oh vosotras, fuerzas ocultas de la naturaleza, deidad del mundo, recibid nuestras adoraciones! ¡Tierra, madre de los hombres, oye nuestras plegarias y admite nuestras sencillas ofrendas!—»

Y sucesivamente, como una serie de visiones, fueron sonando esos otros cánticos, á cuyos acentos parecía que oscilaban confusamente en el aire formas de edificios:

CORO DE SACERDOTES

El mundo es la morada de los dioses: tallemos en figura de grandes hojas los pilares de las cavernas subterráneas; alrededor del granito, emblema de la materia, pongamos representaciones de los astros y de las esferas invisibles, para que las imágenes de los dioses residan en su morada.

¿Ó por qué el templo no ha de ostentarse á la luz del sol? Salga su corona de las entrañas de la tierra, y asome al aire del cielo: amontonemos con el arte sagrado los pedruscos en paredes sobre las habitaciones subterráneas.

Suban libremente las columnas á sostener la techumbre pintada de azur y sembrada de estrellas; resuene el pórtico, mansión de armonía, y el arquitrabe tienda con majestad su ancha faja cuajada de mitos y geroglíficos.

Nuestros dioses tienen ya sus altares; labremos estatuas á los pequeños guardas de las fuentes y de los bosques, á los genios enanos que forjan los metales y el granito, y á aquellos